

ct

Lienzos

(Piezas coloreadas)

de
Jaime Pujol

(fragmento)

2. CAMINO DEL RETIRO

*"De color encendido de brasa"
(Diccionario de la lengua española)*

(Un hombre, que viste con chándal, entra en el salón de su casa. Viene de la cocina. Lleva un vaso de bitter del cual bebe. Se sienta en el sofá.)

Podría decirse que el rojo es mi color, que me ha perseguido durante toda la vida. Ya sé que es igual para todos, al principio, que es el color que nos envuelve al nacer. El primer color que está ahí, pero que no vemos porque aún no podemos ver: la sangre. Pero el rojo, ese rojo que me ha perseguido infatigablemente, no es sólo el de la sangre. No, es el rojo del Ketchup con el que mi madre embadurnaba todos y cada uno de los platos que me ponía delante. El color rojizo del pelo de mi padre. El rojo del zumo de grosella que cada tarde me preparaba mi tío Lorenzo, que vivía con nosotros. El color rojo de los días más ansiados, los festivos del calendario. El rojo intenso de los calcetines que colgábamos en las paredes del salón por Navidad, a la espera de la llegada del Papá Noel (a mi casa nunca vinieron los Reyes Magos). El rojo que continuamente sobrevenía a mis mejillas por culpa de mi extrema timidez. El color rojo de la ropa que vestía, quizás porque el ginecólogo fue incapaz de adivinar mi sexo (cosa que al nacer quedó bastante clara, gracias a dos hermosos y colorados testículos), y quizás fuera esa la razón de que mis padres no se atrevieran ni con el rosa ni con el azul, ni tan siquiera con el blanco. Parecía un demoniete. De bebé, parecía un pequeño diablillo. Tengo... Tengo las fotos por ahí... Claro que son en blanco y negro. También estaban los pequeños objetos que me envolvían: las libretas, las tijeras, los bolígrafos (escribiesen en el color que escribiesen siempre eran rojos), la colcha de mi cama, mi primera moto (la última que quedaba en el concesionario, y no era plan esperar), mis pupilas en cada una de las fotos que conservo de mi juventud. Estas sí que son en color, pero prefiero no enseñarlas. "Pareces un lagarto", me decía mi madre después de verlas... En fin, infinidad de momentos de mi vida marcados por ese color...

Cuando conocí a Nuria, ella... Bueno, yo creí que el blanco de su piel, ese blanco hiriente como el de una inglesa, y ese cabello negro, que después se tiñó a la moda, eran una señal... Eran el cambio. Pero no. Enseguida apareció... Nuria se convirtió en una fanática del sol y de los rayos UVA. Y ahí estaba. Su piel nunca fue morena, ni tan siquiera volvió a ser blanca. Adquirió un tono rojizo brillante, permanente, hiriente como cuando era blanca como el de una inglesa, pero... No sé... Quizás tenía que ser así, por alguna razón que yo desconocía... No, quizás no, seguro, tenía que ser así sin lugar a dudas. Estaba marcado como un ternero, al rojo vivo. Y desgraciadamente esa marca nunca iba a aliviarse, nunca iba a pasar a ser negra. Todo esto... Bueno, tiene que ver con... No, no he matado a nadie. No hay que sacar falsas conclusiones. Ya lo he dicho al principio: el rojo de mi vida no es el rojo de la sangre. Demasiadas películas... No, esto es distinto. Puede que también acabe en la cárcel, pero no porque haya dejado en el asfalto un litro de sangre ajena... El caso es que pensé..., creí que podía ser funcionario. Opositar y asegurarme la vida. La inmensa mayoría lo hace, ¿porqué yo no?... Aquel año, el año en que me presenté éramos muchos pero confiaba, pese a mi timidez... Había bastantes plazas, y muy diversas, la verdad. A mi no me importaba, o tal vez sí, vistos los resultados. Al final, no tuve opción. Los puntos, ya se sabe. Los puntos, también a veces

como los colores, marcan tu vida. No tuve más remedio. O lo tomas o lo dejas. Lo tomé. Sabía conducir, tenía el carné para conducir vehículos pesados, lo que significaba tener más puntos para aquella plaza, así que.... Aquella tarde, bajo un sol color carmesí, tuve que presentarme en las cocheras. Y ahí estaba, doce por cuatro metros. El color que conducía mi vida en el vehículo que yo iba a conducir: un autobús de la EMT... Sí, quizás fuera eso lo que lo que yo debería haber hecho: sonreír. Pero no. Me aplastó. Me aplastó como a una cucaracha. Lo reconozco, me aplastó. Aunque, bueno, sería absurdo negar que ya lo sabía. En fin, el caso es que desde hace siete años voy sentado al volante de un enorme autobús rojo. El sino.

Reconozco que desde ahí arriba todo se ve distinto: los coches, las personas, los lugares. A veces los mismos coches y las mismas personas están en los mismos lugares pero en días distintos. Eso forma parte de la rutina. Lo digo porque... Bueno, conducir un autobús es como ser un "Sísifo". De nada te sirve llegar a tu destino, tienes que desandararlo y volver a empezar. Y claro, por eso, algunas noches, sobre todo al principio, esas calles, todas esas calles, aparecían en mi cabeza como un sendero interminable, como si nunca dejase de atravesarlas.... No, no estoy desequilibrado. Lo que he hecho, nada tiene que ver con la locura, ni siquiera ha sido un arrebato. Demasiadas películas, de verdad. Ha sido, más bien...

Cuando iba camino del retiro, hace escasas horas; mientras permanecía parado ante un semáforo en rojo, me he dicho: ¿porqué no? Siempre me contesto con una pregunta a causa de mi timidez. ¿Porqué no?, si apenas había un alma en la calle. ¿Porqué no?, si mi autobús estaba vacío y su luz era tan tenue... Yo llevaba la ventanilla abierta y escuchaba a Mahler en la radio. Un diminuto Ford Fiesta rojo permanecía a mi lado, ahí abajo. Su ventanilla también estaba abierta, pero no escuchaba a Mahler sino la retransmisión de un partido de fútbol. A todo volumen, como si estuviese obligado a informar del desarrollo del encuentro a todos los conductores y viandantes. No debe ser difícil ser un fanático, yo... Simplemente adoro la música clásica. Con frecuencia voy a los conciertos. Pero nunca convertiré esa adoración en un fanatismo. ¿Para qué? Es sólo que hay cosas que me indignan. Sí, me indignan hasta tal punto...

Hace dos meses fui a un concierto al *Palau de la música*, en mi coche. Yo también tengo un "diminuto" coche. Un buen concierto, sin duda. Aquel tramo de la Alameda estaba colapsado y... El caso es que tuve que aparcar en un sitio no demasiado "legal", como tuvo que hacer la mayoría. Bueno, pues después de dos horas de absoluto deleite con el maestro Temirkanov, mi coche había desaparecido. La grúa había hecho gala de sus derechos y poderes y había borrado un sinfín de coches de la calle. No me dolió particularmente. En el fondo... en el fondo, yo me lo había buscado. "No es la primera vez", dijo alguien más preso de furia que yo, "los coches que van al *Palau* son presa fácil. Demasiadas localidades y demasiadas pocas plazas de aparcamiento". Las cosas que realmente me duelen son aquellas que no suceden de manera aislada. Quiero decir que las cosas que de verdad me duelen son aquellas que puedes comparar.

Dos semanas después me tocó la ronda del 81, desde la Estación del Cabañal hasta el Hospital General. Empecé un domingo en el que había partido. La avenida Blasco Ibáñez estaba abarrotada de coches, aparcados en segunda y hasta en tercera fila. Pensé en aquel día, en el del concierto y me dije: "jauja". Sí, "jauja" para la grúa. Sin embargo, de regreso a la estación pude ver que aquellos coches, aquellos mismos coches permanecían en aquellos mismos lugares, como protegidos por un halo invisible, intocables. Dos domingos después, sucedió exactamente lo mismo, exactamente. Y, claro, fue entonces. De la comparación a la indignación. Los amados hijos del deporte rey, su

inmensa aportación a la dignidad regional... Aquellos creyentes de la religión del balón-pie merecían todo el respeto y todos los derechos del mundo. No así los mendigos de la música. No sé si era justo o merecía la pena indignarse, el caso es que lo hice. Por eso hoy... No he devuelto el autobús, no lo he llevado como es mi obligación a las cocheras... ¿Porqué no?, me he dicho esperando en el semáforo, mientras un largo y desafinado gol se mezclaba con los últimos compases de la primera sinfonía de Mahler. Y lo he hecho, el rojo ha dado paso al verde, he girado el volante y he arrollado a todos aquellos vehículos que domingo sí, domingo no, se creía a salvo de las garras del ayuntamiento. Yo también soy el Ayuntamiento. Aunque por encima de todo soy yo mismo... Los de la tercera fila aplastados contra los de la segunda, hundidos, incrustados. Al carajo. Puede que dentro de dos domingos todo vuelva a ser igual... Seguramente.

No espero que me comprendan. En el fondo, yo me lo he buscado. Podría perfectamente no haberlo hecho, pero francamente me apetecía. Como un buen trago de bitter en un día caluroso... Quizás si el color que hubiese marcado mi vida hubiese sido otro...

(Llaman al timbre de la puerta)

No creo que sea capaz de repetir todo esto delante de la policía, ni siquiera delante de un juez, o delante de mi jefe. No, no creo. Seguramente me pondré rojo como un tomate y me callaré. Sí, me callaré. Y hasta puede que vaya a la cárcel, ya lo he dicho antes, no creo que tenga suficiente para pagar fianzas ni cosas de esas. Pero al menos...

(Llaman nuevamente al timbre de la puerta)

Al menos...

(Se gira hacia la puerta)

Voy.

(Se levanta y va hacia la puerta).

Siempre puedes gozar de la incompreensión de ti mismo.